

EL
VAMPIRO

UNA NUEVA HISTORIA

NICK GROOM

«Colossalmente inteligente. Groom está interesado en los no muertos de Byron, pero incluso más en los aspectos de la vampirología que la cultura pop tiende a descuidar. Es un gran alivio conocer a su vampiro, todavía helado por el vacío y sin la carga de la ñoñería gótica. Cuando se materializa, en el umbral de un sueño inquietante, no se parece en nada a lo esperado».

The New Yorker

EL
VAMPIRO

EL
VAMPIRO

UNA NUEVA HISTORIA

NICK GROOM



El vampiro
Groom, Nick
El vampiro / Groom, Nick [traducción de Ana H. Deza].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020 – 336 p., 16 p. de lám. :il.; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.
D.L.: M-6622-2020
ISBN: 978-84-120798-6-9
94 392.28
591.11 2-187

EL VAMPIRO

Una nueva historia

Nick Groom

Título original:

The Vampire. A New History

Originally published by Yale University Press

Publicado en origen por Yale University Press

Todos los derechos reservados

© 2018 by Nick Groome

ISBN: 978-0-300-23223-3

© de esta edición:

El vampiro

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-120798-6-9

D.L.: M-6622-2020

Traducción: Ana H. Deza

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Todas las imágenes son de dominio público o cuentan con licencia Creative Commons.

Primera edición: abril 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2020 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

A mis padres

Por lo cual su casa está inclinada a la muerte, y sus veredas van hacia los muertos. Todos los que a ella entraren, no volverán; ni tomarán las veredas de la vida.

Proverbios 2,18-19,1602¹

Mortui non mordent.

Proverbio: «Los muertos no muerden».

Atribuido por Erasmo de Róterdam a Teódoto de Quíos,
s. I a. C.²

Aunque quisiéramos, difícilmente podríamos pedirle a nadie que aceptase estos documentos como pruebas de una historia tan descabellada.

Bram Stoker, *Drácula*, 1897³

- 1 *The Bible: King James Version*, editada por Robert Carroll y Stephen Prickett, [1611], 1998. (Para esta edición se ha empleado siempre la Biblia Reina-Valera, 1602. Se trata de la traducción de Casiodoro de Reina con variantes de Cipriano de Valera, también llamada Biblia del Cántaro. Se ha escogido esta traducción por su cercanía con la Biblia del rey Jacobo. Por tanto, de aquí en adelante, se hará referencia a esta).
- 2 Erasmus, D., (1974-2018) 2005, Adage III vi 41, 145 [cita de Plutarco, *Vidas paralelas*, 77.4 (Pompeyo)]; también existe la tradición oral de que Patrick, lord Gray, sancionó la ejecución de María, reina de Escocia, en 1587 al declarar: «*Mortui non mordent*».
- 3 Stoker, B., (1897) 2011, 351.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	XIII
PRÓLOGO	XV
UN APUNTE ACERCA DE LA ETIMOLOGÍA	
DE LA PALABRA <i>VAMPIRO</i>	XIX
INTRODUCCIÓN: CREACIÓN.	
PENSAR EN VAMPIROS	XXIII
PARTE I CIRCULACIÓN, SIGLOS XVII Y XVIII	
CAPÍTULO 1. Desenterrando a los muertos:	
medicina y detección, cuerpo y mente	3
CAPÍTULO 2. Las tierras de sangre:	
lugar y raza, territorio y viajes	27
CAPÍTULO 3. Teología fantasmal:	
religión racional, razón espiritual	47
CAPÍTULO 4. El pacto de los no muertos:	
catolicismo e Ilustración, santidad y peligro	69

PARTE II COAGULACIÓN, SIGLO XIX A LA ACTUALIDAD

CAPÍTULO 5. Culturas de la muerte:

Romanticismo gótico, palabras mortales 95

CAPÍTULO 6. Patologías mortales:

ser bestial, mentiras vivientes 121

CAPÍTULO 7. Sangrar oro:

capitalismo gótico y consumismo

de los muertos vivientes 157

CAPÍTULO 8. El conde, *Drácula*:

humo y espejos. Pluma, pintura y sangre 000

CONCLUSIÓN: CON UÑAS Y DIENTES.

VIVIR CON VAMPIROS 215

BIBLIOGRAFÍA 233

ÍNDICE ANALÍTICO 271

AGRADECIMIENTOS

Tengo una deuda esencial con mi editor, Julian Loose, y con mi agente, David Godwin: sin ellos, este libro no existiría. También agradezco las precisas y perspicaces aportaciones de los tres lectores anónimos de Yale University Press; el libro se ha beneficiado enormemente de su generosa contribución y su amplia experiencia. Le debo mucho a Clive Liddiard, que llevó a cabo una edición meticulosa y me indicó con tacto la existencia de varios errores y problemas; todos los que queden, por supuesto, se me deben atribuir a mí en exclusiva. El equipo de Yale me ha ayudado muchísimo, en especial, Marika Lysandrou con las ilustraciones y Rachael Lonsdale con la producción. También me gustaría dar las gracias a Valerie Aldridge, Nicholas Allen, Jonathan Barry, Henry Bartholomew, Heide Crawford, Lora Fleming, Jim Frank, Sam George, Paul Grant-Costa, Jonathon Green, Kate Hext, Roger Luckhurst, Steve Matthews, David Punter, Tom Shippey, Dale Townshend, Ursula Radford, Carla Valentine, Terri Windling y a mis colegas del University of Exeter Wellcome Centre for Cultures and Environments of Health por el debate acerca del material, las críticas y los datos que me entregaron. Di a conocer las primeras versiones de algunos de los textos en la Aarhus University, en la BARS Conference de la University of York, en la Durham University, en el Knowled-

ge Spa del Royal Cornwall Hospital de Truro, en el Plymouth Athenaeum, en el Willson Center de la University of Georgia, Athens, y en la Yale University; además, Cambridge University Press publicó un ensayo preliminar en *The Cambridge Companion to Dracula*, editado por Roger Luckhurst en 2018. Acometí gran parte de la investigación mientras trabajaba en un proyecto mayor financiado por Leverhulme Trust y estoy muy agradecido por su apoyo. Preparé el borrador final por las noches, encantado de estar aislado en Root House (de nuevo, ocupado en otro proyecto) y querría agradecer a los bibliotecarios y personal administrativo de la Lewis Walpole Library que me atendieran y satisficieran todos mis intereses, pues su ayuda fue inestimable. Varias instituciones han hecho posible este libro: la Beinecke Library, la Bodleian Library, la British Library, la Codrington Library, la Lewis Walpole Library y la University of Exeter Library; también he empleado el servicio de traducción en línea de Cambridge, y el King's (en South Zeal) y el Academy (en el Soho) me han proporcionado, como siempre, su clásico apoyo en las escasísimas ocasiones en las que he podido visitarlos. Tengo una deuda especial con mi familia: le doy las gracias a Joanne por su paciencia (sobre todo por su ayuda con las conclusiones y por responder durante la cena a mis extrañas preguntas), a Matilda y Dorothy por su entusiasmo cada vez que los vampiros se desbocaban y, por supuesto, a Rowley y Pesky por ayudarme a mantener el calor cuando se me helaba la sangre; también a Leonard y Rosemary Parker por su inestimable colaboración y, por último, a mis padres, Michael y Elisabeth, en concreto a mi padre, por haber recordado noticias de vampiros de los periódicos de un modo incansable.

Nick Groom
Ramsley
Solsticio de verano, 2018

PRÓLOGO

De todo lo escrito yo amo solo aquello
que alguien escribe con su sangre.
Escribe tú con sangre: y te darás cuenta
de que la sangre es espíritu.

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, 1883-1885¹

Desde los comienzos del siglo XVIII, el vampiro ha acechado en la tradición cultural e intelectual occidental, no solo como mero personaje sobrenatural de la ficción gótica, sino como una poderosa herramienta que da sentido a la condición humana. La investigación de los vampiros como revinientes* no muertos se ha vis-

* N. de la T.: *Revenant* en el original. Se ha optado por esta traducción porque ya figura su registro en castellano desde el siglo XVIII. «[...] el erudito español Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) usa el término “reviniente(s)” en cinco ocasiones –“redivivo(s)” también, en seis– en una curiosa carta-ensayo escrita a propósito del libro de Dom Agustín Calmet y que lleva por título “Reflexiones críticas sobre las dos llamadas Disertaciones, que en orden a Apariciones de Espíritus, y los llamados Vampiros, dio a luz poco há el célebre Benedictino, y famoso Expositor de la Biblia D. Agustin Calmet”; *vid. Cartas eruditas y curio-*

to teñida por los cambios en la definición de lo humano, las nuevas formas de pensar, el desarrollo en la medicina y la biología, la teología y la filosofía ilustrada, la política y la sociología, la teoría psicosexual, el medioambiente y la ecología. Aunque la mayoría de las historias de vampiros se centran en el *thriller* sobrenatural de Bram Stoker, *Drácula* (1897) y en el cine de terror sensacionalista del siglo XX, más de un siglo y medio antes de que Drácula desembarcara en Whitby los vampiros ya desafiaban los convencionalismos. Eran renegados siniestros cuya militante emergencia manifestó cuáles eran los problemas e inquietudes esenciales de la época, desde las nuevas investigaciones en medicina y ciencias de la vida hasta el juego de poder de la política imperialista. Y a pesar de la saturación vampírica actual en la ficción juvenil, la televisión y el cine de franquicia, los vampiros aún contienen el poder de transmitir y hacer frente a los problemas contemporáneos más acuciantes. Son, de hecho, experimentos mentales errabundos que se hallan en la periferia de la comprensión y pueden ayudarnos a entender las inquietudes actuales, desde el control de fronteras al contagio de epidemias.

Este libro es una nueva historia del vampiro, pero he de hacer una advertencia. En primer lugar, no hago un recorrido exhaustivo por cada tipo de chupasangre sobrenatural que ha existido desde el principio de los tiempos. Hay multitud de estudios transhistóricos y transnacionales que hacen una selección de brujas, demonios, licántropos y fantasmas de distintas culturas para defender que el vampiro ha sido una amenaza eterna (desde luego, inmortal) para la humanidad. No es la premisa de este libro. En su lugar, sostengo que el vampiro es una figura perfectamente delimitada que pertenece a un periodo determinado y un lugar concreto y, por tanto, posee unas manifestaciones y cualidades reconocibles, en especial respecto a la sangre, la ciencia, la sociedad y la cultura. Puede que los vampiros se hayan originado en la oscura crónica de diversas creencias folclóricas; sin embargo, solo pasan a ser «vampiros» propiamente dichos cuando penetran en la corriente sanguínea europea como vampiros que ya no forman parte del panteón general de no muertos, muchos de los cuales –fantasmas, ghouls, revinientes– han mostrado su apetito por la sangre durante siglos, pero no son vampiros.

En segundo lugar, ya que se trata de una «nueva historia», hago hincapié en los casos vampíricos de los siglos XVIII y XIX anteriores

sas (1742-1760), tomo cuarto (1753), Madrid (en la Imprenta Real de la Gaceta, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros), 1774, 266-293» en Olivares Merino, E. M., diciembre de 2006, 205-232 (*vid.* Bibliografía).

a la novela de Stoker. Por ese motivo espero que atraiga a los lectores cuyo interés por los vampiros procede de *Drácula*, puesto que los dos siglos anteriores de vampirismo y los campos donde aparecen les puede suponer una sorpresa. Esa es la ambición de este libro: que los fans de *True Blood*, por poner un ejemplo, descubran la historia de los vampiros –todos aquellos anteriores a *Drácula*– y comprendan cómo y por qué el libro de Stoker es la brillante culminación de décadas de debate, y por qué *Drácula* revolucionó la vampirología de los siglos XX y XXI. Mi intención original era minimizar la importancia de *Drácula*, considerándolo simplemente un ejemplo representativo de la ficción vampírica victoriana de época tardía, pero la novela está tan impregnada de los innumerables debates de su tiempo sobre vampiros, sangre, ciencia, tecnología y literatura que todos los caminos de los (no) muertos conducen a *Drácula*, del mismo modo que también todos se alejan de él. Ese primer viaje, la genealogía de este personaje, será el foco de este libro. Espero que los linajes de sangre vampírica posteriores, ya de nuestra época, resulten claros para los lectores contemporáneos, y también (quizá sea más importante) la diferencia entre los vampiros del pasado y los actuales dé lugar a una pausa para la reflexión.

En tercer lugar, esta no es la historia cultural de «un tropo cultural demasiado gastado», como un comentarista definió en una ocasión a los vampiros.² La historia política, filosófica, teológica y científica del vampiro es lo bastante compleja de por sí, pero además me he esforzado por vincularla a las representaciones literarias y artísticas posteriores. Y aunque solo cuando estas áreas se explotan hasta agotarse la cultura puede apropiarse de la figura del vampiro, esta permanece marcada de forma indeleble con las implicaciones de territorio e identidad, metafísica y medicina a lo largo del siglo XIX hasta hoy. Este es el primer estudio que enlaza ambas realidades. En consecuencia, este libro se centra en la historia del vampiro anterior a *Drácula*, aunando la ciencia empírica con los vampiros «reales» de Europa del Este y las representaciones imaginarias de la literatura gótica.³ Con este fin se examinan evidencias que aparecen en los tratados teológicos, los informes médicos, los libros de viajes, las alegorías políticas y la poesía: voy desde la ficción a los tratados ocultistas. Es más, no me opongo a la especulación puntual en torno a la fascinación por la idea del vampiro a lo largo de los siglos en el lenguaje figurativo (como en el caso de la «excreción» [*vid. infra* 212]), aunque estas digresiones deben considerarse incidentales, no como aseveraciones ex cátedra.⁴

Los vampiros y la vampirología son un fenómeno paneuropeo con unos orígenes indudablemente europeos y en el siglo XX se convirtieron en pilares de la cultura estadounidense a través del cine y la televisión, pero, como veremos más adelante, la arteria principal de la corriente se encuentra en Inglaterra y, por tanto, buena parte de este libro se centra en Inglaterra en particular, así como en Gran Bretaña e Irlanda en general. Sin duda se necesita una historia universal del vampiro, pero esa tarea está más allá del alcance de un solo individuo.⁵ No obstante, si en alguna ocasión un grupo de vampirólogos se decidiera a emprender esa tarea, espero que convendrían con que el vampiro no se puede confinar dentro de las categorías limitadas de mito, ciencia y cultura, sino que esta extraña criatura nos desafía hoy en día tan poderosamente como durante los últimos tres siglos y precisa la combinación de muchos campos del conocimiento humano. Los vampiros son un tema interesante en el que pensar.⁶

NOTAS

- 1 Friedrich Nietzsche, *Also Sprach Zarathustra*, citado en Biale, D., 2007, traducción del propio Biale en pág. 216, n.º 18 (para esta edición se ha empleado Nietzsche, F., 1997).
- 2 En uno de los informes anónimos de este mismo libro...
- 3 Con respecto a lo gótico, *vid.* mi libro *The Gothic: A Very Short Introduction* (2012), en especial las páginas 96-99.
- 4 Además, habrá lectores que reconozcan conceptos de filosofía continental y realismo especulativo en algunos capítulos; estas ideas han generado diversas líneas de reflexión y me complace reconocer su influencia. Aunque estos campos vayan, en cierto modo, contra la esencia de este libro por ser a menudo ahistóricos de manera ingenua y reduccionistas, rechazar esa forma de pensar sería demasiado dogmático, puesto que ha dado una credibilidad intelectual a la literatura de terror y, en cualquier caso, su lectura es entretenida y, por lo general, invita a la reflexión.
- 5 Leer toda la literatura derivada de *Drácula* llevaría una vida entera.
- 6 El concepto de «pensar en vampiros» desarrollado en la introducción bebe, como es evidente, del monumental trabajo de Stuart Clark, *Thinking with Demons: The Idea of Witchcraft in Early Modern Europe* (1997). Los estudiosos de la magia que han influido en este libro y pueden no aparecer citados directamente son legión, pero se ha de incluir a Willem de Blécourt, Marion Gibson, Ronald Hutton, Joanne Parker y el fallecido Gareth Roberts.

UN APUNTE ACERCA DE LA ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA VAMPIRO

• De dónde viene la palabra «vampiro»? No está nada claro. El anticuario Samuel Pegge fue uno de los primeros en sugerir un origen muy ingenioso: *vampiro* derivaría del francés *avant-pere*, ancestro, por analogía de otros préstamos similares.¹ Ojalá fuera tan sencillo.

En 1869, el folclorista ruso Aleksandr Afanásiev postuló que vampiro deriva del lituano *wempti* o *vampti* («beber») o *vampyti* («ladrar» o «gemir»)². Sin embargo, Jan Louis Perkowski, el vampirólogo eslavo más importante, ofrece una etimología detallada en su estudio *The Darkling*, donde argumenta que el serbocroata *vàmpir* y el ruso antiguo *Upirъ* (un nombre propio) son términos cognados; hay variantes en serbocroata, ucraniano, bielorruso, polaco, casubio y búlgaro. El propio Perkowski sugiere que tal vez se trate de un compuesto parcialmente sirio y eslavo. Procedería del dios maniqueo Bām o Bān, «aquel que tallará una tumba de piedra que servirá como sepulcro de las tinieblas», pronunciado en eslavo como *van* (la letra griega β se representa como *v* en griego moderno), y del eslavo *pirъ*, que significa «fiesta, competición de beber». Por tanto, *vanъpirъ* sería «la fiesta de Van».³ El nombre ruso antiguo de *Upirъ*, que aparece por primera vez en un manuscrito eslavo oriental del año 1047 y describe a un príncipe novgorodiano llamado *Upirъ Lichiy*, puede, a su vez, estar

vinculado a *upiór*, que en polaco significa «brujo», y otros términos similares.⁴ Esta etimología, sin embargo, ha sido criticada por Peter Mario Kreuter, el cual encuentra similitudes lingüísticas entre las palabras vapor, llama y mariposa en un ensayo ácido e idiosincrásico.⁵ El análisis más detallado lo realizó Brian Cooper, que distingue las supersticiones eslavas de los no muertos de la concepción occidental posterior del vampiro, descrita por él como «distorsionada».⁶ Cooper confirma, asimismo, el origen en antiguo ruso del nombre propio Upiř y arguye que procede del latín de Dacia *impūrus*, impuro (por ejemplo, un cadáver); el préstamo habría hecho un viaje de ida y vuelta entre las formas balcánicas y griegas. El *Oxford English Dictionary* (OED) indica el origen eslavo de la palabra y describe variantes de la misma forma en ruso, polaco, checo, serbio y búlgaro, como el búlgaro *vapir*, *vepir*; el ruteno *vepyr*, *vopyr*, *opyr*; el ruso *upir*, *upyr* y el polaco *upiór*. Ofrece como posible fuente *uber* («bruja»), del turco septentrional.⁷

El folclore de los muertos vivientes eslavos está entrelazado con el de otros seres sobrenaturales como las brujas, los *strigoi* rumanos e incluso las lechuzas.⁸ Los más significativos son los licántropos. Según Afanásiev, se llama *vukodlak* (en búlgaro, *varkolak*) tanto a los vampiros como a los hombres lobo serbios; del mismo modo, los griegos confunden (o funden) los vampiros y los licántropos (*vourkólakes*). En *The Customs and Lore of Modern Greece* (1892) de Rennell Rodd, el autor afirma que el vampiro genuino es el *vourkólakas*, aunque «la palabra en sí es indudablemente de origen eslavo».⁹ Un curioso artículo de Agnes Murgoci, «The Vampire in Roumania», propone que los términos *vârcolaci* (*svârcolaci*) y *pricolici* se refieren a veces a vampiros muertos y otras a animales que se comen la luna (aludiría, presumiblemente, a la portentosa asociación del hombre lobo con la luna llena y los eclipses).¹⁰ Es evidente que en Europa del Este y en Grecia los vampiros y los hombres lobo se superponen, también con la creencia de los muertos enterrados que devoran la ropa dentro de la tumba (y, a veces, también su propia carne) y la fascinación por los cadáveres que permanecen incorruptibles.¹¹ Perkowski señala que *vukodlak* es un término serbio del siglo XIII para un vampiro u hombre lobo, que significa «piel de lobo» o «portador de cinturón de lobo» y que, aunque la palabra *vampir* se afianzó en sudeslavo en el siglo XV, en eslavo balcánico contemporáneo las dos palabras siguen siendo sinónimas.¹² El historiador Gábor Klaniczay amplía el marco de referencia al sugerir que, para los fol-

cloristas, el vampiro fusiona las características de los vampiros, los espíritus nocturnos (*Alp*), los chupasangres clásicos (*stryx*), las brujas y los hombres lobo eslavos. Todos ellos se combinaron para formar «el concepto históricamente unificado del vampiro que emergió en la Europa central y balcánica de la Edad Moderna». ¹³ Mary Edith Durham, antropóloga y escritora de libros de viajes de principios del siglo XX, describe los cultos balcánicos e identifica al *tentaz* de Montenegro, al *lampir* de Bosnia y al *kukuthi* o *lugat* de Albania como vampiros y los compara con una infección bacteriana. ¹⁴

Sin embargo, hay que hacer una distinción importante en lengua inglesa. En inglés, el hombre lobo está considerado como ser humano cambiaformas desde época medieval, procede de la cultura anglosajona y es posible que de la nórdica antigua, así como de las descripciones clásicas de la enfermedad de la licantrópía; sin embargo, la palabra *vampiro* fue adoptada en la década de 1730 para describir un fenómeno contemporáneo. Por tanto, la emersión del vampiro se produjo en un momento preciso de la historia en el que se desarrollaron significados y asociaciones claras; es ese vampiro el que este libro examinará de manera predominante.

NOTAS

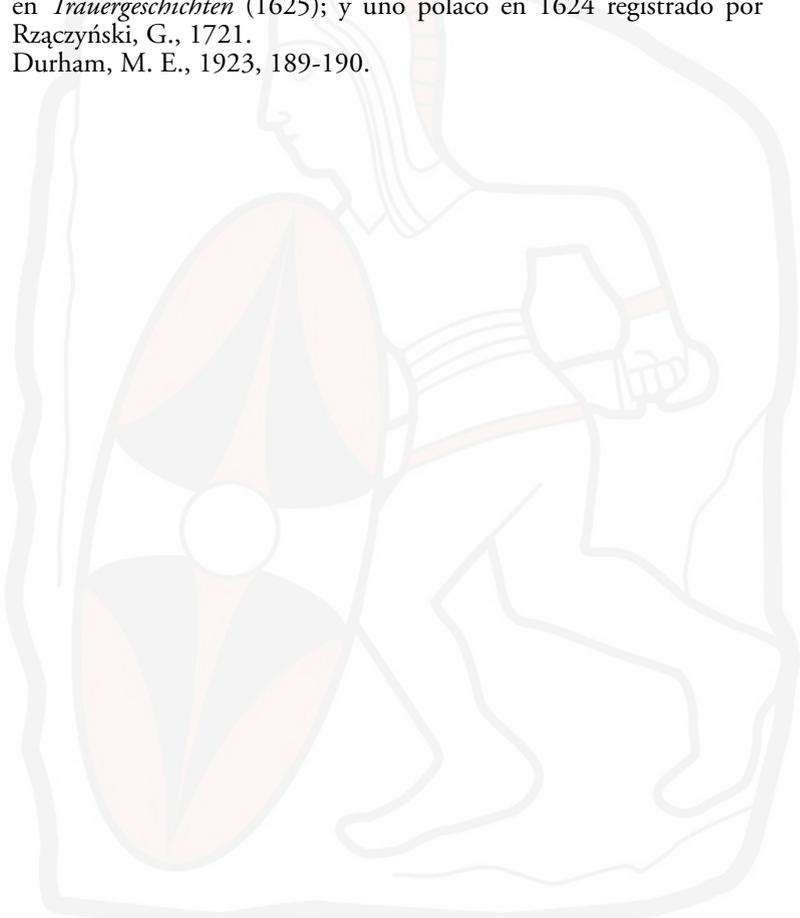
Nota bene: Los sistemas de transliteración están mezclados de forma inevitable, puesto que se siguen las preferencias particulares de cada uno de los autores citados.

- 1 Pegge, S., (1766) 1809, V. vi, 182.
- 2 Afanásiev, A. N., 2006, 195-211, en especial, 199.
- 3 Perkowski, J. L., (1989) 2006, 317-488, en concreto 347-350.
- 4 Moszyński, K., 2006, 213-217, en especial, 216.
- 5 Kreuter, P. M., 2006, 57-63.
- 6 Cooper, B., 2005, 251-270, en concreto, 253. Otros estudios del tema incluyen a Wilson, K. M., 1985, 577-583, por desgracia, trufado de errores y donde se realizan afirmaciones sin fundamento.
- 7 El OED cita el *Lexicon Palaeoslovenico-Graeco-Latinum* de Franz Miklosich (1862-1865).
- 8 Klaniczay, G., 1990, 148, 166.
- 9 Rodd, R., 1892, 188; véase también 127 y 187-197; Rodd ofrece, además, la variante albanesa *wurwolakas*, así como la cretense *katakhanás*, la tiniota *anakathouménos* y la chipriota *sarkoménos*.
- 10 Murgoci, A., 1926, 320-349, en especial, 322; Montague Summers cita extensamente este ensayo en *The Vampire, His Kith and Kin* (1928) junto con otras variantes.

EL VAMPIRO

- 11 Perkowski, J. L., *op. cit.*, 351-368: *vid.* siguiente.
- 12 *Ibid.*, 332 [cita de Kulišić, Š., Petrović, P., Pantelić, N., 1970, 51]; véase también Vukanović, T. P., 2006, 230-259, sobre todo, 233: teniendo en cuenta Kosovo-Metolja, Vukanović argumenta que los vampiros son equivalentes a los licántropos.
- 13 Klaniczay, G., *op. cit.*, 178; Klaniczay también menciona al zapatero silesio en 1591 (descrito por More, H.: *vid.* Capítulo 2 del presente libro); un caso bohemio en 1618 descrito por Martin Zeiler en *Trauer geschichten* (1625); y uno polaco en 1624 registrado por Rzączyński, G., 1721.
- 14 Durham, M. E., 1923, 189-190.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

INTRODUCCIÓN



CREACIÓN

PENSAR EN VAMPIROS

EDICIONES

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Ilustración de la página anterior: Francisco de Goya, «Contra el bien general»,
aguafuerte de la serie *Los desastres de la guerra* 71/82, ca. 1820-1823.

Porque el alma de la carne en la sangre está;
y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar;
por lo cual la misma sangre expiará la persona.

Levítico 17,11 (1602)¹

Mientras tanto, puedo decir de ellos [los males]
que cotidianamente atormentan el alma del hombre,
adelgazan nuestros cuerpos, los secan, los marchitan,
los arrugan totalmente como manzanas viejas,
los convierten en cadáveres.

Robert Burton, *Anatomía de la melancolía*, 1621²

Cuidado con decir que la muerte es la antítesis de la vida.
Lo vivo es tan solo una modalidad de lo muerto,
y una modalidad muy rara.

Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, 1882³

En 1685, el filósofo, matemático, inventor y demonólogo George Sinclair publicó *Satans Invisible World Discovered*. Entre los muchos casos de brujería, posesión y actividad *poltergeist* que describía se encontraba el relato de un asesinato en Dalkeith. Lo interesante para Sinclair no era el crimen en sí, sino sus espeluznantes consecuencias. El asesino, un hombre de la zona llamado Spalding, había huido de la ciudad inmediatamente después de matar a su víctima, pero, unos años más tarde, regresó de noche a su casa y al final se entregó. Fue encarcelado y sentenciado a la horca, lo que le hizo gritar: «¡Ah, debo morir como un perro! ¿Por qué no me sentenciaron a perder la cabeza?». En el patíbulo suplicó a Dios: «Que mi alma no abandone este cuerpo hasta que esté en paz con el Señor». Sinclair continúa relatando:

Y habiendo dicho esto, el Verdugo *lo tiró de la Escalera*. *Después de haber estado colgado el tiempo habitual que bastaba para quitarle la vida a cualquier hombre, se cortó la cuerda, el Cuerpo se metió en un Féretro y se llevó a Tolbuith para Amortajarlo [envolverlo en un lienzo o sudario]. Cuando abrieron la tapa del Féretro, el hombre se sentó de golpe sobre su Trasero, los taladró con la mirada y, soltando espumarajos por la boca, emitió un gruñido y rugió como un Toro, dando golpes con sus Puños para gran consternación de todos. Los Magistrados, al enterarse,*

ordenaron que lo ahorcaran mejor. El Verdugo se puso manos a la obra, le rodeó la garganta con la Cuerda, se montó sobre su Pecho y tiró tan fuerte que el cuello terminó teniendo el grosor de su Muñeca. Al cabo del tiempo que se estimó suficiente, se llevó a la Sepultura: y se cubrió de tierra. Pero, a pesar de ello, se revolvió en su tumba y montó tal escándalo que levantó el mismo Suelo y los Montículos se alzaron de tal forma que difícilmente lograron contenerlos. Después de esto, su casa, en el extremo Este de la ciudad (así me han informado), estuvo frecuentada por un Fantasma, así que permaneció vacía durante mucho tiempo. No sé si alguien ha vuelto a vivir en ella. Esto me lo ha contado una Persona muy digna de crédito, un estudiante que residía allí en ese momento, fue testigo presencial y todavía continúa vivo.⁴

El regreso de los muertos es un temor primario. Abundan los relatos de fantasmas y revinientes en los mitos, en las leyendas y en el folclore; historias de muertos que no conocen el reposo y buscan venganza contra los vivos. La magia negra, la posesión demoníaca o, simplemente, una fuerza de voluntad de intensidad aterradora pueden arrastrar a los cadáveres a un tipo de animación macabra que causará estragos antes de que terminen siendo eliminados o expulsados, o que al final agoten su energía sobrenatural.

Por lo general, se cuenta a los vampiros entre esta caterva infernal, pero son entidades muy distintas a los espíritus, diferenciadas del batallón de los no muertos, porque los vampiros obtuvieron la atención de los intelectuales europeos en un momento determinado y en circunstancias muy específicas. A diferencia de los fantasmas o demonios, que tienen antecedentes bíblicos, los vampiros fueron, en la práctica, *descubiertos* y, por esa razón, poseen una historia y un significado susceptibles de definición. La ciencia emergente de la vampirología no se centró en el testimonio de testigos, como en el caso de los fantasmas y las apariciones, sino que trató a los vampiros como seres físicos con un «cuerpo» auténtico de evidencia que consistía en los cadáveres del perpetrador y de las víctimas. Por ese motivo, los vampiros no suponen el regreso de demonios primordiales de la Antigüedad, sino que son criaturas de la Ilustración: su historia está arraigada en el enfoque empírico de la investigación científica que se desarrolló en el siglo XVIII, en la política europea y en las corrientes de pensamiento más recientes. En otras palabras, forman parte del mundo moderno o, mejor dicho, la forma de estudiarlos fue, sorprendentemente, moderna. Los vampiros

surgieron cuando la razón ilustrada chocó con el folclore de Europa oriental; un encuentro en el que se intentó dotar de sentido al vampiro a través del razonamiento empírico y, al tratarlo como si fuera creíble, se le otorgó realidad.

Es por ello que los vampiros cuentan con una prehistoria enraizada en el folclore y, desde principios del siglo XIX, los vampirólogos se han esforzado en trazar sus orígenes a través de ejemplos ahistóricos y arquetípicos de la monstruosidad. Sin embargo, pese a toda su vitalidad póstuma, es obvio que Spalding de Dalkeith no es un vampiro: cualesquiera que fueran sus actividades como no muerto, no regresó de la tumba para chupar la sangre de los vivos. No obstante, si se tiene en cuenta la forma de ejecución y el tratamiento posterior de su cuerpo, el caso de Spalding nos muestra la médula misma de la superstición *post mortem* justo antes de la llegada del vampirismo propiamente dicha.

A pesar de la existencia de las famosas guillotinas como la Halifax Gibbet (empleada por última vez en 1650) y la Scottish Maiden (utilizada por última vez en 1710), en Gran Bretaña la decapitación era una pena capital reservada a la aristocracia. Según el derecho romano, se consideraba menos ignominiosa que la horca: histórica (y políticamente), la decapitación estaba asociada a las maquinaciones de Enrique VIII y, en especial, a la ejecución de Carlos I.⁵ En otros lugares de Europa la decapitación era más común, sobre todo después de que Francia adoptara la guillotina en 1789. También tuvo una prevalencia alarmante en Alemania.⁶ Spalding, sin embargo, fue ahorcado —la muerte de un criminal— y cuando lo llevaron al cadalso se maldijo a sí mismo a los ojos de Dios. Estuvo colgado y balanceándose durante un buen rato. A continuación, el cuerpo quedó confinado en un féretro, dentro de un ataúd del que intentó huir y, lo más sorprendente, *«los taladró con la mirada y, soltando espumarajos por la boca, emitió un gruñido y rugió como un Toro, dando golpes con sus Puños para gran consternación de todos»*. Luego fue estrangulado de manera brutal, pero continuó retorciéndose, convulsionando y gruñendo mientras lo enterraban, donde *«levantó el mismo Suelo»*. Spalding, por supuesto, no descansa en paz, pero se convierte ahora en un fantasma anclado en su propia casa abandonada de la ciudad.

Las características principales de este relato son, pues, la pena de Spalding (que lo define), su discurso (incluidas sus últimas palabras), la aparente intervención divina que prolonga la vida del asesino, la violencia y los gemidos del cadáver animado (prestando especial atención a los ojos penetrantes y la boca que babea), la profanación de la tumba y el testimonio racional de *«una Persona muy digna de crédito, un estu-*

diante que [...] todavía continúa vivo» que verifica el incidente. Como se revelará en los siguientes capítulos, tales características llegaron a constituir la base de los informes de los vampiros, con una adición muy importante: el deseo de sangre.

FOLCLORE SANGRIENTO

Los demonios chupasangres han acosado a las sociedades civilizadas al menos desde los tiempos bíblicos y ya aparecen descritos en los textos de las tablillas caldeas y asirias.⁷ Lilith era un demonio femenino, la primera esposa rebelde de Adán; en algunas traducciones del Talmud su nombre se ha traducido –de modo anacrónico– como «vampiro».⁸ Lamia era una mujer monstruosa y bisexual de la antigua Grecia que bebía la sangre de los niños; a veces, se emplea como sinónimo de la judeocristiana Lilith.⁹ Los romanos estaban familiarizados con los fantasmas que chupaban la sangre y provocaban pesadillas y atribuían tales características a los asaltantes godos (también llamados escitas por los romanos) que saquearon Roma en el siglo V: «[piensan] que las brujas tesalias, siguiendo al ejército de los bárbaros, ensombrecen con los hechizos de su patria el resplandor lunar».¹⁰

Los invasores hunos también estaban empapados de sangre y traían la destrucción: «Y ves aquí que el año pasado vinieron contra nosotros los lobos, no de Arabia, sino del septentrión, de las últimas montañas del Cáucaso, y en breve corrieron tantas provincias», se lamentaba san Jerónimo. «Cuántos monasterios fueron cogidos y cuántas aguas de ríos se mudaron con la humana sangre»¹¹. Su líder, Atila (que se ahogó con su propia sangre), no fue llorado «con lamentos y lágrimas mujeriles, sino con la sangre de sus hombres».¹²

En la mitología nórdica, influida por las leyendas de los hunos y los godos, un *draugr* (también conocido como *aptingr* o reviniente) era un ser no muerto en el que «el espíritu no está imbuido en la materia, sino más bien la corporeidad material está sujeta por un espíritu que no conoce el descanso».¹³ Los *draugr* aparecen en la *Saga de Grettir* del siglo XIV, por ejemplo, como seres de los túmulos o muertos vivientes.¹⁴ A veces, simplemente custodian tesoros, pero a menudo atacan a los vivos, como en el corpus pagano de la *Saga Eyrbyggja* de mediados del siglo XIII, que está repleta de muertos vivientes (y, más tarde, fue objeto de estudio de *sir* Walter Scott, un vampirólogo pionero).¹⁵ Grendel, el monstruo de *Beowulf*, poema fundacional de la épica anglosajo-

na, bebe sangre.¹⁶ Además, una serie de «enterramientos anómalos» en Gran Bretaña en la época sugiere la existencia del temor al regreso de los muertos.¹⁷ En particular, *Life and Miracles of St Modwenna* [Vida y milagros de santa Moduena], del siglo XII, de Geoffrey de Burton, incluye un episodio en el que se invoca a la santa en un altercado entre un barón de la zona y los monjes de la abadía de Burton, cuyo resultado es la muerte de dos campesinos. Esa noche, los dos campesinos regresan —«ora con el aspecto de hombres que llevan ataúdes a hombros, ora en forma de osos, perros u otros animales»— y propagan una epidemia letal en la aldea de Stapenhill. Se exhuman los cadáveres y se descubre que el sudario que cubre sus rostros está manchado de sangre. Los cuerpos son, entonces, debidamente decapitados y les extirpan el corazón (cardioectomía); les colocan las cabezas entre las piernas e incineran los corazones. La pira arde durante todo un día: «Cuando por fin se quemaron, estallaron con estruendo y todos contemplaron a un espíritu maligno en forma de cuervo que salía volando de las llamas».¹⁸

Un cronista del siglo XII, Guillermo de Malmesbury, describió al Diablo reanimando a sus sirvientes para que continuaran trabajando después de muertos y Guillermo de Newburgh y el Monje de Byland también registraron varias historias de muertos que volvían a la vida, ya fuera para visitar a sus parientes, aterrorizar a sus enemigos o, simplemente, porque su espíritu estaba inquieto. Solo se acaba con uno de los revivientes de Newburgh cuando, al descubrirlo en la tumba repleto de sangre, lo exhuman, se le arranca el corazón y se le incinera.¹⁹ Las tonadas inglesas y escocesas tradicionales están trufadas de amantes demoníacos, fantasmas y espectros, que aparecen en canciones como *The Unquiet Grave*, y los muertos regresan para vengarse de forma sangrienta en tragedias de venganza y, por supuesto, en la obra de William Shakespeare, *Macbeth*.

Las brujas —que, asimismo, aparecen en *Macbeth*— también tenían fama de chupasangres. Marsilio Ficino, un neoplatónico del siglo XV, afirmó:

Es una opinión antigua y común que ciertas viejas arpías, llamadas brujas, chupan la sangre de los niños para rejuvenecer todo lo que pueden. Entonces, ¿por qué no iban nuestros ancianos, casi sin esperanzas de sobrevivir, a chupar la sangre de un muchacho? De un muchacho, digo, de fuerza incondicional: sangre sana, alegre, de buen humor, sangre excelente, que por una feliz casualidad podría resultar excеси-

va. Dejemos que beban, entonces, como una sanguiuela –es decir, chupasangre– de una vena ligeramente abierta en la parte más fina del brazo, una o dos onzas, e inmediatamente después tomen la misma cantidad de jarabe o de vino. Esto debe hacerse justo cuando estén hambrientos y sedientos, y en luna creciente.²⁰

En 1492, el papa Inocencio VIII recibió la sangre de tres muchachos para que lo rejuvenecieran; si fue cierto, pudo haber bebido esta sangre o incluso podría haberse tratado de una transfusión. En cualquier caso, los cuatro murieron.²¹ No solo hay chupasangres en Europa: no es extraño que se trate de un fenómeno mundial, descrito en países tan lejanos como China, India y Filipinas.²²

También había otros demonios que, literalmente, agitaban la sangre. Los íncubos y súcubos eran depredadores sexuales enviados para corromper a los inocentes. Se describen en manuales de brujería como el *Malleus Maleficarum* (atribuido a Heinrich Kramer, ca. 1486) y aparecen en el drama jacobeo de Thomas Middleton *The Witch* (escrito en 1609-1616, publicado por primera vez en 1778). Hécate, la bruja al mando en la obra, declara:

He aquí Almachildes: la sangre fresca se agita en mí.
El hombre que he deseado disfrutar
ya lo he tomado tres veces como *incubus*.²³

Las tragedias de venganza isabelinas y jacobeanas están, por supuesto, empapadas de sangre y de simbolismo sangriento, llenas de cadáveres, fantasmas vengativos y otros seres sobrenaturales, desde los duendes hasta los hombres lobo. Por ejemplo, en la terrorífica obra de John Webster *The Duchess of Malfi* (estrenada en 1614), Ferdinand, un personaje lobuno, sufre «una enfermedad muy pestilente [...] que llaman licanotropía».²⁴ Además, se creía que los cadáveres de los asesinados sangraban en presencia de su asesino, como señaló Shakespeare en *Richard III* (ca. 1592-1593):

¡Ah, caballeros, ved, ved! ¡Las heridas de Enrique muerto
abren sus bocas cuajadas y vuelven a sangrar!²⁵

Asimismo, en *Appius and Virginia* de Webster, cuando Icilius aparece con el cuerpo de Virginia declara:

Mira

sus heridas, siguen sangrando ante la horrible presencia de aquel severo asesino, hasta que encuentre venganza.²⁶

La *Daemonologie* (1597) del rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, que también registró la aparición de incubos que poseían cadáveres para violar a sus amantes terrenales, dio fuerza legal al fenómeno de la «cruentación»* en el siglo XVII:

Como en un asesinato secreto, si el asesino entra en contacto con el cadáver en algún momento, brotará la sangre, como si esta clamara al cielo en busca de venganza de su asesino, habiendo Dios designado esa señal sobrenatural secreta como juicio de ese secreto crimen antinatural.²⁷

Esas extrañas, y supuestamente demostradas, propiedades de la sangre ejercían una fascinación irresistible. Se hacía evidente que la sangre era capaz de testificar contra los asesinos: podía dar testimonio. El informe de un asesinato cometido en 1629 describía cómo la desafortunada víctima, Jane Norkot, había sido descubierta con la garganta cortada y un cuchillo a su lado, clavado en el suelo. Se juzgó como suicidio, pero un mes después se reabrió el caso, se exhumó el cuerpo y se acusó del asesinato a cuatro familiares de la fallecida:

[...] se sacó el cuerpo de la tumba treinta días después de la muerte y, una vez acostado sobre la hierba con los cuatro acusados presentes, se pidió a cada uno de ellos que tocara el cadáver. La esposa de Okeman se arrodilló y rogó a Dios que demostrara su inocencia. La apelada tocó el cadáver, tras lo cual la frente de la muerta, que antes era de un color lívido y carroñoso (*in terminis*, expresión verbal del testigo), comenzó

* N. de la T.: *Ius cruentationis*, método de prueba medieval para acusar a un asesino. Se consideraba que el cuerpo de la víctima sangraría de forma espontánea en presencia de quien la mató. El término cruentación se emplea con este sentido en algunas fuentes. [Es posible que se trate de una traducción literal, un barbarismo o una errata: la primera aparición registrada no lleva tilde. Amador, D. R., 1844: «De la vida de la sangre bajo el punto de vista de las creencias populares», *Revista de Madrid*, segunda época, tomo V, Madrid, Imprenta de la sociedad literaria y tipográfica].

a mostrar un rocío o leve transpiración, que fue aumentando hasta que el sudor cayó a gotas por la cara; la frente se tornó de un color vivo y fresco y la difunta abrió un ojo y lo cerró de nuevo, y esta apertura del ojo tuvo lugar tres veces. Asimismo, sacó tres veces la alianza del dedo anular y la volvió a meter, y el dedo rezumó sangre sobre la hierba.

Los testigos del suceso estaban convencidos de que era sangre fresca: uno mojó el dedo para confirmarlo. Las evidencias forenses circunstanciales también se basaban en la sangre: no la había en la cama de Jane Norkot «salvo un tinte de sangre en la almohada donde yacía su cabeza», pero «en la cabecera de la cama había un chorro de sangre en el suelo [...] una cantidad muy grande [...] y también había otro chorro de sangre en el suelo al pie de la cama». Además de estas dos manchas separadas en el suelo, «había coágulos de sangre solidificada debajo, en la estera de paja». El cuchillo estaba manchado de sangre y, lo que es más escalofriante, «tenía la huella de un pulgar y cuatro dedos de la mano izquierda».²⁸

James Guthrie, un ministro presbiteriano escocés ahorcado en 1661 tras la Restauración de la casa real de los Estuardo, también sangró ante los culpables. Fue decapitado y la cabeza quedó expuesta al público, pero derramó sangre sobre el carruaje del comisionado de justicia que había presidido su juicio. Estas manchas de sangre fueron imposibles de eliminar: «No pudieron limpiarlas ni con todo su arte y diligencia».²⁹ Asimismo, en 1688, se descubrió que el hijo de *sir* Philip Stansfield había asesinado a su padre cuando, al ayudar a levantar el ataúd, el cadáver que llevaba dos días muerto «sangró de nuevo» en las manos del hijo, y en las de nadie más. La cruentación se continuó citando en ocasiones en el derecho penal, en Escocia, en especial, hasta el siglo XIX.³⁰

La sangre es esencial para la vida.³¹ Es pegajosa e indeleble y es terrenal. Y —al menos, hasta hace poco— era algo cotidiano en aldeas, pueblos y ciudades, en los mataderos y carnicerías. Hoy, aunque sea omnipresente, es invisible (la visión de la sangre menstrual, por ejemplo, continúa siendo un tabú). Es inevitable que la sangre lleve a cuestras una vasta tradición en cuanto a sus presuntos poderes: Plinio dejó constancia de epilépticos que bebían la sangre caliente de los gladiadores moribundos; la mística medieval Hildegarda de Bingen recomendó tomar baños de sangre menstrual (*sanguis menstruus*) para curar la lepra, una creencia que duró siglos; y la condesa húngara Erzsébet Báthory (fallecida en 1614) tenía fama de bañarse en la sangre de muchachas para conservar su belleza juvenil.³²

La sangre de los mártires cristianos era especialmente beneficiosa e incluso el agua que se empleó para aclarar la sangre de la ropa del mártir Thomas Becket adquirió la capacidad de servir para la curación milagrosa.³³ En 1815, los hermanos Grimm documentaron la creencia popular de que podía curarse la lepra y la ceguera bañándose o siendo ungidos con la sangre de una virgen.³⁴ La *sanguis menstruus* también se usaba en la magia popular, pues se consideraba un filtro amoroso.³⁵ Sin embargo, según Hermann Strack, historiador dedicado a la sangre, la de las «personas ejecutadas» era «aún más eficaz que la sangre menstrual» (de nuevo se halla la fuente en Plinio).³⁶ Hans Christian Andersen asistió a una ejecución en 1823, a continuación de la cual vio «a un pobre enfermo, a quien sus supersticiosos padres hicieron beber una copa de sangre del ejecutado para que se curara de la epilepsia; después corrieron salvajemente con él hasta que se derrumbó en el suelo».³⁷ Se estimaba que la sangre de un criminal ejecutado siempre traía buena suerte, al igual que las cadenas y clavos del patíbulo; incluso la soga usada por un verdugo o un suicida proporcionaba, de alguna manera morbosa, buena salud y fortuna.³⁸ Los verdugos eran considerados curanderos en cierta medida, sobre todo porque tenían un profundo conocimiento del cuerpo humano y de su funcionamiento interno.³⁹

Otros fluidos corporales, como la grasa humana, también tenían propiedades curativas, al igual que algunas partes del cuerpo como las manos y los dedos y, quizá lo más morboso, el corazón de los nonatos.⁴⁰ Otra cura para la epilepsia consistía en un cráneo humano horneado, pulverizado e ingerido.⁴¹ De hecho, el English College of Physicians [Colegio Inglés de Médicos] incluyó «momia, sangre humana y cráneo humano» en su farmacopea oficial de 1618 y amplió este tipo de ingredientes corpóreos en ediciones posteriores.⁴² El ejemplo más extraño es la creencia (apócrifa, sin duda) de que la orden católica de los Barmherzige Bruder [hermanos misericordiosos] de Graz preparaba cada año sus remedios a partir de un cadáver completo. Cada Pascua, tomaban a un joven que estuviera recibiendo tratamiento por alguna dolencia menor en alguno de sus hospitales, lo suspendían cabeza abajo y le hacían cosquillas hasta que fallecía. «Los honorables hermanos hierven el cadáver hasta convertirlo en una pasta y lo utilizan en su farmacopea, junto con la grasa y los huesos quemados».⁴³ Era frecuente el saqueo de tumbas para usar los restos en la medicina popular, en la Alemania del siglo XIX en especial.⁴⁴

Pero la sangre también constituía un vínculo y hay abundantes evidencias desde el pasado más remoto hasta la actualidad del ritual entre aliados de beber sangre mezclada para crear hermandades de sangre,

jurar y prometer lealtad.⁴⁵ Este sacramento secular fue, en apariencia, practicado por los antiguos escitas en el siglo IV a. C., por personajes de sagas nórdicas y teutónicas (por ejemplo, Sigurd el Volsung) y por los haiduques húngaros (guerrilleros).⁴⁶ La obsesión por la sangre como «jugo de la vida» (según la sonora expresión de Piero Camporesi) contrasta de forma directa con el miedo a la muerte.⁴⁷

EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS

Pero ninguno de estos rituales de sangre es propiamente vampírico; más bien forman un telón de fondo sangriento para el vampirismo. Los vampiros no son demonios, fantasmas, espectros, revinientes ni brujas, aunque a veces sus historias aparezcan entrelazadas.⁴⁸ Estos seres ocupan una categoría propia y distintiva entre los chupasangres y, por ese motivo, no deberían encontrarse atados al manojo de temores generalizados por los muertos, los no muertos, la infección o la muerte. Sin embargo, emergen del abigarrado folclore de Europa del Este y merece la pena describir estas creencias para establecer de forma exacta qué fue lo que se encontraron los intelectuales de la Ilustración. De hecho, la legislación serbia acerca del vampirismo se remonta, al menos, a la primera mitad del siglo XIV, cuando el emperador Esteban Dušan se comprometió en el artículo 20 de su ley a prohibir la exhumación ilegal de los acusados de ser no muertos: «Cuando por creencias mágicas se saca a las personas de sus tumbas y se las incinera, el pueblo en el que se hizo debe pagar una multa y el sacerdote que asistió a la cremación será privado de su vocación».⁴⁹ Sin embargo, la práctica era claramente endémica y existe una rica mitología ligada a los no muertos en toda la región.⁵⁰

Los eslavos occidentales casubios (o casubos), por ejemplo, creen que un vampiro (*vjeszczi* o *wupji*) está predestinado a serlo desde que nace. Viene señalado por haber nacido con «camisa»* y dos dientes y, a menudo, con la cara y los labios rojos. En el momento de la muerte,

* N. de la T.: *Born with a caul* en el original. En «camisa» o «enmantillado». Se refiere a los rarísimos casos en los que el saco amniótico no se rompe en el parto y el bebé nace envuelto en el amnios natal. La llamada «mantilla», seca, se guarda como amuleto. En algunas tradiciones, se considera de buen auspicio: el niño que nace «vestido» no puede morir ahogado, es afortunado o es capaz de luchar contra seres sobrenaturales; en otras, es una maldición y señala al bebé como futuro monstruo o brujo.

rechazará la Eucaristía; su cuerpo se enfriará lentamente, no habrá *rigor mortis* y podrían aparecer manchas de sangre en la cara y debajo de las uñas. A medianoche, la criatura despierta y devora sus propias ropas y su carne.⁵¹ Puede esperar días o meses sentada en su ataúd con los ojos totalmente abiertos, tal vez murmurando incoherencias, pero, al final, visitará a sus parientes —empezando por los más próximos— para infectarlos. Existe una protección contra estas criaturas, que consiste en tomar la comunión en la tumba y hacer la señal de la cruz. También se puede impedir que el cuerpo del vampiro se mueva colocándole un crucifijo o una moneda en la boca, hundiendo un ladrillo bajo la barbilla para romperle los dientes, cortándole los tendones de las piernas o poniendo una red en el ataúd (debería deshacer todos los nudos antes de abandonar el sepulcro). Entretanto, se puede proteger el hogar poniendo tierra del umbral de la vivienda en la tumba. La arena o las semillas de amapola pueden impedir su avance si se dispersan en el féretro o se desparraman en el camino desde la tumba; el vampiro debe contar todos y cada uno de los granos de arena o semillas antes de proceder (y, según algunos testimonios, al ritmo de uno al año). La amapola, además, es un narcótico y, a veces, las semillas se comen. También se recomienda el entierro boca abajo. Para matar a un vampiro se hunde un clavo en su frente, se le corta la cabeza y se coloca entre los pies; se puede tratar a los parientes infectados con sangre fresca.⁵²

Joakim Vujić, en su relato *Travelling through Serbia* (1827), describió la captura de un vampiro en una aldea cerca de Novi Pazar. Se llamó al sacerdote Stavra, que le abrió la boca con un palo afilado de espino albar, le introdujo una rama del mismo arbusto y derramó tres gotas de agua bendita en la lengua; mientras tanto, un anciano de la aldea llamado Petko agarró el palo de espino albar y le atravesó el pecho al vampiro de un solo golpe.⁵³ De acuerdo con el folclorista ruso Aleksandr Afanásiev, «todo difunto puede convertirse en vampiro si un pájaro vuela sobre él o si un animal (pollo, gato, perro) salta sobre él».⁵⁴ En Serbia, los vampiros son rubicundos, se hinchan dentro de los ataúdes y se levantan poseídos por un demonio después de pasar cuarenta días en la tumba. Dado que los vampiros poseen una tez sonrosada (en lugar de cadavérica), los serbios y eslovacos describen a los borrachos congestionados como «rojos como un vampiro».⁵⁵

En el folclore eslavo, pueden entrar en una casa por cualquier rendija. Asfixian a sus víctimas y beben su sangre del pecho, cerca del corazón; aquellos de los que se alimentan también se convierten en vampiros. Cuando es varón, a menudo, intenta acostarse con su exespo-

sa. El descendiente que se concibe con un vampiro no tiene esqueleto. También poseen poderes sobre los elementos: los campesinos rusos están convencidos de que los vampiros y los licántropos pueden provocar sequías, tormentas, malas cosechas, plagas en el ganado y diversas enfermedades.⁵⁶ En consecuencia, en Rusia se profanaban las tumbas de forma regular en su busca, «porque la gente cree que el muerto está chupando su sangre, causando epidemias o produciendo sequía al ordeñar las nubes».⁵⁷ Los gitanos griegos ortodoxos de Kosovo-Metojia creen que santiguarse e invocar a san Cosme y san Damián los protege de ellos.⁵⁸ Mientras, en Bulgaria se considera que se puede encerrar a los vampiros dentro de una botella.⁵⁹ En el folclore macedonio, los *vrykolakas* o *vompiras* (se trata de un término ofensivo) son

[...] un cadáver animado que estrangula a la gente y chupa la sangre de hombres y bestias, o daña utensilios domésticos, arados, etc. Se le describe con una apariencia semejante a la de una piel de toro llena de sangre, con dos ojos en un lado que brillan como brasas en la oscuridad [...] Se cree que las personas nacidas en sábado ([...] sabatarios) disfrutan del dudoso privilegio de ver fantasmas y aparecidos y de poseer gran influencia sobre los vampiros.⁶⁰

Como en otros muchos sitios, en la religiosidad popular macedonia se creía que la sangre del vampiro poseía propiedades curativas: Tanas Vrazhinovski comenta que después del asesinato de un vampiro (en este caso, fue fusilado), «la gente tomaba la sangre del vampiro asesinado y se frotaba el cuerpo con ella como protección contra la enfermedad, para lograr una buena salud y hacerse resistente a otros vampiros».⁶¹ Del mismo modo, en la Prusia del siglo XIX se sostenía que una cura para los infectados de vampirismo era beber sangre de la cabeza cortada de un vampiro; tales medidas todavía se tomaban en 1877.⁶²

La tradición más peculiar recogida por el vampirólogo Jan Louis Perkowski es la creencia de los gitanos eslavos en herramientas agrícolas vampíricas, así como en verduras vampíricas. Un sarmiento que anuda gavillas de trigo, por ejemplo, se convierte en vampiro después de tres años, mientras que las calabazas y las sandías solo tardan diez días en transformarse en vampiros que murmuran y sufren espasmos; si se guarda una calabaza después de Navidad también se puede convertir en un vampiro. Por fortuna, el potencial lesivo de una calabaza no muerta

no es muy grande, así que descubrimos que «la gente no tiene mucho miedo a este tipo de vampiro».⁶³

Como ya observó el ocultista Montague Summers, la distinción entre los monstruos chupasangres de la Antigüedad clásica y el vampiro moderno es que «la cualidad particular del vampiro, en especial en la tradición eslava, es la reanimación de un cuerpo muerto, dotado de ciertas propiedades místicas tales como la capacidad de ser descuartizado [proliferación], la sutilidad [tenuidad] y la incorruptibilidad temporal».⁶⁴ Aunque algunas tradiciones eslavas son, sin duda, retrospectivas, sin embargo resulta sorprendente la inclusión de elementos específicos comunes en los primeros testimonios de vampiros auténticos y cómo la acumulación de creencias populares desarrolló, por así decirlo, el corpus de conocimiento en torno a los vampiros. Hay ciertas características que reverberan en relatos posteriores: los ojos abiertos en el ataúd, unos ojos que brillan como el fuego; su influencia en la meteorología y la asociación con el contagio epidémico; su capacidad para entrar en las casas a través de rendijas diminutas; la depredación de sus parientes asfixiando a las víctimas y extrayendo la sangre del pecho; la protección que brinda la Sagrada Comunión, la señal de la cruz y la sangre del vampiro; y su exterminio mediante estacas y decapitaciones. Otros elementos se mantuvieron en la incógnita: principalmente, cuál es la causa del vampirismo. El orientalista húngaro Ármin Vámbéry (del que hablaremos más adelante) escribió la entrada de vampiros de la undécima edición de la *Encyclopædia Britannica* (1910-1911) y comenzó con un breve resumen de la tradición eslava:

Las personas que se convierten en vampiros son, por lo general, magos, brujas, suicidas y aquellos que han sufrido una muerte violenta o han sido maldecidos por sus padres o por la Iglesia. Pero cualquiera puede convertirse en vampiro si un animal (en especial un gato) salta sobre su cadáver o si un pájaro vuela sobre él. A veces se piensa que el vampiro es el alma de un hombre vivo que abandona su cuerpo durante el sueño para vagar en forma de brizna de paja o pelusilla y absorber la sangre de otros durmientes.⁶⁵

El relato de Vámbéry presenta el vampirismo como consecuencia de la magia maligna, el suicidio o el accidente, pero la tradición eslava tiene un alcance mucho más amplio, evidentemente, que abarca la posesión demoníaca, la influencia maligna de un animal que pasa por

encima de un cadáver y, lo que es un detalle importante, considera el vampirismo una condición congénita: se nace vampiro. Estas cuestiones del origen abundan en los relatos de vampiros, pero hay que destacar una causa en particular sobre todas las demás: la infección, a menudo como resultado de haber sido presa de un vampiro. Por tanto, antes de examinar los primeros testimonios científicos del vampirismo, tenemos que añadir este elemento al caldero donde las brujas cuecen su poción.

LA MUERTE NEGRA

Hay multitud de testimonios que asocian los brotes de vampirismo con el contagio y que convierten a los vampiros en sus vectores y, en consecuencia, en parte de la historia de las enfermedades infecciosas. Aunque no se conocieron de forma plena los medios de propagación de las enfermedades hasta mediados del siglo XIX, William Harvey publicó en 1628 su teoría de la circulación de la sangre, *Exercitatio Anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* [Estudio anatómico de los movimientos del corazón y la sangre de los animales]. La palabra *circulation* pasó a usarse pronto en Inglaterra para describir las pasiones y se puso de moda en la literatura popular del siglo XVII, donde se encuentran varios ejemplos de su uso.⁶⁶ El crédito en la economía se describía como «circulante» al menos desde 1701 y el *Dictionary* de Samuel Johnson (1755) cita a Jonathan Swift, que escribe de «la *circulación* de las cosas humanas».⁶⁷ Desde principios del siglo XVIII, la noción de «circulación» se aplicó a una amplia gama de campos: desde la botánica (la circulación de la savia en los árboles) hasta la navegación marítima (las mareas), así como a la difusión de ideas. También se aplicaron a diversas áreas del conocimiento términos como «liquidez», «fluido» y «lubricar». El primer uso de «rejuvenecer» está constatado en 1742.⁶⁸ La circulación era, entonces, un símbolo definitorio y omnipresente y la sangre se consideró, en cierto sentido, el medio del pensamiento, con asociaciones interesantes con respecto a la vitalidad y el caudal. Así, los vampiros surgieron en un contexto en el que se imaginaba que tanto los objetos materiales como los conceptos intangibles rezumaban, calaban y se agitaban, como los fluidos corporales en el aparato circulatorio. El vehículo propio del vampirismo son los sistemas cardiovasculares: se mueven, alimentan e infectan a través de la circulación de la sangre.⁶⁹

Sin embargo, hasta finales de siglo no se desarrolló la idea de que la enfermedad o la infección pudieran circular de forma independien-

te.⁷⁰ Las primeras teorías acerca de la peste la consideraban un instrumento de la cólera divina: el elemento esencial de la peste bíblica es «un soberano divino que, como juicio o castigo, envía –o mejor dicho, emana– una forma de vida miasmática indisociable de la decadencia, la descomposición y la muerte», y es necesario circunscribir los primeros vampiros en este contexto sagrado para entenderlos.⁷¹ Estas plagas místicas se manifestaron a través de fuerzas invisibles, cualidades que pasaron a ser características de los vampiros. Las hipótesis más radicales del contagio especulaban que podían propagarse a través de medios inmateriales, como las palabras o simplemente mediante el aliento de una persona infectada:

Esta epidemia, según algunos, tiene el poder de matar a multitudes solo por el aire, simplemente a través del aliento o la conversación de los enfermos. Dicen que el aire respirado por los afectados e inhalado por los sanos los hiere y mata, y que esto ocurre especialmente cuando los enfermos están a punto de morir.⁷²

Bengt Knutsson, un obispo sueco del siglo XV cuyo influyente trabajo acerca de la peste se tradujo al inglés como *A Littel Boke for the Pestilence* (primera publicación ca. 1485), se refirió a los peligros del «aire venenoso e infectado» causado por «la carroña o la corrupción de aguas estancadas en zanjas, pantanos u otros lugares corruptos»; también advirtió del aire denso (es decir, cuando el cielo en los días oscuros de verano amenaza con precipitaciones «pero no llueve»), las manos sucias y el aliento de personas infectadas.⁷³ Recomendó, además, las sangrías.

Aún más alarmante era la mirada mortal de una víctima.⁷⁴ Se creía que el basilisco, un reptil venenoso, podía matar con la mirada, «un vapor venenoso visible pasa de los ojos del basilisco al ojo del observador». Inspirado en esa idea, en 1349 un médico de Montpellier comparó a los portadores de la plaga con estos horribles monstruos.⁷⁵ Por consiguiente, se aconsejó a los médicos que «tomaran precauciones contra la mirada y el aliento de las personas que se encontraban en la agonía de la enfermedad». ⁷⁶ Como advirtió el cronista de la plaga Gabriele de Mussi, «un infectado podría llevar el veneno hasta otros, contagiar personas y lugares con la enfermedad solo con la mirada». ⁷⁷ En la práctica, esto significaba que los médicos vendaban a sus pacientes. ⁷⁸ Mirar es letal y ser mirado, fatal. Estos temores medicalizados del mal de ojo se encarnaron en la mirada asesina del vampiro.

La peste era a la vez incorpórea de forma sobrenatural y una condición identificable.⁷⁹ A pesar de la conciencia rudimentaria del contagio, la plaga se extendió como un arma de destrucción masiva. De Mussi describió la atrocidad de Caffa en 1346 en Crimea, cuando el ejército de los tártaros jugó a ser Dios al mandar una plaga a sus enemigos, la cual cayó de los cielos:

Los tártaros moribundos, aturcidos y estupefactos por la inmensidad de la catástrofe que había provocado la enfermedad, conscientes de que no había posibilidad de huida, perdieron interés en el asedio. Pero ordenaron que los cadáveres se colocaran en catapultas y se lanzaran a la ciudad con la esperanza de que el hedor intolerable matara a los que estaban dentro. Arrojaron al interior de la ciudad lo que parecían montañas de muertos, y los cristianos no pudieron esconderse, huir ni escapar de ellos, aunque lanzaron al mar todos los cuerpos que pudieron. Muy pronto los despojos podridos contaminaron el aire y envenenaron el suministro de agua, y el tufo era tan abrumador que apenas uno de cada varios miles estaba en condiciones de huir de los restos del ejército tártaro [...] Nadie sabía ni podía descubrir un medio de defensa.⁸⁰

A finales del siglo XVII, las nociones teóricas de la peste se habían refinado. En su obra de 1665, *A Discourse of the Plague*, Gideon Harvey (no tiene ningún parentesco con William Harvey) definió la peste en el lenguaje médico de la época como «miasmas pestilentes que se insinúan en las partes humorales y consistentes del cuerpo».⁸¹ La Tierra se concebía como un organismo que podía prosperar o ponerse enfermo, en función de la meteorología y de los fenómenos naturales, pasando de los inviernos suaves hasta las lluvias de meteoritos. Una Tierra enferma era como un cuerpo enfermo y exhalaba un miasma venenoso que se concentraba en «lugares cercanos, sucios, apestosos e infectados, como callejuelas, callejones oscuros, patios de las iglesias, lonjas, tugurios, carnicerías, gallineros o cualquier almacén donde se guardaran objetos viejos de la casa, como sábanas y cortinas enmohecidas».⁸² La peste podía contagiarse a través de la «conversación» con infectados, pero lo normal era contraerla directamente del aire enfermo, bien inhalando «corpúsculos de arsénico en llamas que flotan en el aire» o, lo que era más habitual, por vía intravenosa, perforando la piel, «penetrando en el cuerpo a través

de los poros de las arterias». ⁸³ La plaga se extendía por todo el cuerpo, por supuesto, gracias al sistema cardiovascular:

[...] corrompiendo gradualmente la sangre y transformando sus partes en corpúsculos de naturaleza propia. La sangre queda tan turbia al recibir a diario nuevos átomos pestíferos desde el exterior y aumentar los internos que la Naturaleza se ve incapaz de resistir por más tiempo y se rinde, y así los fieros átomos concebidos se unen y provocan una fermentación pestilente, la causa genuina de todos esos síntomas subsiguientes. ⁸⁴

Las propias víctimas pasaban a ser apestadas y su sangre se volvía pútrida, por lo que, de nuevo, se aconsejaban las sangrías.

El discurso de William Harvey vinculaba los modelos clásicos convencionales con la nueva corriente de pensamiento posterior a Paracelso, la cual, en lugar de apegarse a las opiniones de las autoridades del pasado, propugnaba la investigación de la sangre a través de la observación y el examen físico. ⁸⁵ Tras el revolucionario trabajo de Harvey, el arquitecto Christopher Wren fue uno de los pioneros en las inyecciones hipodérmicas en 1656, cuando intoxicó a su perro con vino inyectado directamente en las venas. ⁸⁶ En 1665, Wren sugirió que el doctor Richard Lower podía intentar hacerle a un perro una transfusión de sangre. El científico Robert Boyle escribió a Lower para comentarle la posibilidad de que el temperamento y otras características se pudieran transferir a través de la sangre y se preguntaba si la sangre de un mastín podría perjudicar el olfato de un sabueso o un *spaniel* al recibirla de forma frecuente. ⁸⁷ El diarista Samuel Pepys escribió acerca de la transfusión de sangre entre perros en 1666 y reflejó que podría haber beneficios para los seres humanos: «Como dice el doctor Croune, podría ser de gran utilidad para la salud del hombre, de ser necesario, para reparar la mala sangre al tomar prestada otra de un cuerpo mejor». La Royal Society comenzó a investigar la transfusión de sangre humana y, al año siguiente, Pepys escribió del curioso caso de Arthur Coga. ⁸⁸

Este, de 32 años, teólogo graduado en la Universidad de Cambridge, estaba considerado «un hombre muy extraño y extravagante». ⁸⁹ El 23 de noviembre de 1667 recibió un tratamiento para ser más dócil: una transfusión de sangre de un cordero. Pepys observó que la comunidad médica «difiere en la opinión en cuanto a los efectos: algunos piensan que puede actuar positivamente sobre un hombre frenético como

él al enfriar su sangre, otros consideran que no tendrá ningún efecto en absoluto».⁹⁰ Coga veía el cordero como emblema de la mansedumbre y la humildad, como indicó en latín: «Sanguis ovis symbolicam quandam facultatem habet cum sanguine Christi, quia Christus est agnus Dei» [«La sangre de las ovejas tiene poder simbólico, como la sangre de Cristo, porque Cristo es el Cordero de Dios»].⁹¹ Se transfundió la sangre del cordero mediante cánulas y tubos de plata, Coga recibió un pago de veinte chelines, bebió vino canario y fumó una pipa para celebrarlo. La operación se repitió el 12 de diciembre. El carácter de Coga no se suavizó de forma notoria tras el tratamiento; sin embargo, en apariencia, sí se produjo algún cambio, ya que escribió una quejumbrosa carta a la Royal Society en la que lamentaba haberse transformado en «otra especie» y haber tenido que empeñar su ropa o, como pomposamente indicaba (hablando de sí mismo en tercera persona): «Cara le ha salido la sangre del cordero de ustedes, habiendo sido esquilado en su corderiplo* que, como aquel del Argos, se dirige a ustedes en busca del vellocino de oro». Firmó como «Agnus Coga», es decir, Coga el Cordero.⁹²

Coga fue más afortunado de lo que pensaba. Unos meses antes, en Francia, Jean-Baptiste Denys había realizado transfusiones interespecíficas en dos pacientes humanos. Ambos sujetos habían muerto y Denys había sido acusado de asesinato, aunque más tarde lo absolvieron.⁹³ En enero de 1668, otro paciente (que también requería de un tranquilizante para el espíritu) murió a causa de una transfusión similar y, en 1678, el papa prohibió tales tratamientos de animal a humano.⁹⁴ A pesar de ello, en Gran Bretaña se intentó continuar con los experimentos y se tomó como sujetos a los internos del frenopático de Bedlam. No obstante, el cirujano del hospital, que sentía algunos «escrúpulos» contra la vivisección de personas dementes, lo impidió. Esa línea de investigación quedó congelada hasta 1818, cuando James Blundell publicó los informes de sus transfusiones experimentales administradas a perros.⁹⁵

En conclusión, la sangre rezumaba en el pensamiento del siglo XVIII. En el periodo transcurrido entre los experimentos científicos realizados con Coga el Cordero y los perros de Blundell, la sangre era, de manera simultánea, parte de la vida cotidiana, una sustancia misteriosa del folclore y la superstición y el mismo núcleo de la misa cristiana y el simbolismo de la Iglesia. Era natural y sobrenatural y esta plétora de significados se encapsula en la figura del vampiro. Este encarnaba

* N. de la T.: Juego de palabras que pretende emular al que aparece en el original entre barco y oveja (*ship-sheep*).

las contradicciones de la sangre: enturbiaba la distinción entre los vivos y los muertos, los humanos y los no humanos e incluso entre la estabilidad psicológica y la metamorfosis física. El vampiro era también la quintaesencia de la mala sangre: la corrupta y virulenta. Como se verá en los capítulos siguientes, estos temores a la sangre manchada se acrecentaron con el miedo al contagio de los lugares húmedos y cerrados, los cementerios, la podredumbre y el deterioro, el aire viciado, las infecciones que nacen en la atmósfera, la niebla y la bruma y los peligros invisibles. Todos estos horrores se concentraron en el advenimiento del vampiro.

NOTAS

- 1 Todas las citas bíblicas pertenecen a la versión Biblia Reina-Valera, 1602.
- 2 Burton, R., (1621-1651), 1989-1994 (para la traducción literal de las citas se ha empleado en esta edición: Burton, R., *Anatomía de la melancolía*, *vid.* Bibliografía: Burton, R., (1621-1651), 1989-1994), Pte. 1, Sec. 2, Miemb. 3, Subsec. 10 (vol. i. 279).
- 3 Nietzsche, F., 1974, §109 (para la traducción literal de las citas se ha empleado en esta edición: Nietzsche, F., *La gaya ciencia*, Ch. Checo y G. Groot (trad. y pról.), Madrid, Akal, 2009. Por tanto, de aquí en adelante, se hará referencia a esta edición).
- 4 Sinclair [Sinclair], G., 1685, 191-192; véase también R. B., 1688, 96-97.
- 5 También estaba asociado al martirio cristiano: hay diversos santos representados como cefalóforos, es decir, mártires que portan su propia cabeza decapitada en las manos (*vid.* el sugestivo ensayo de Nicola Masciandaro: «*Non potest hoc Corpus Decollari: Beheading and the Impossible*», 15-36).
- 6 *Vid.* Frankowski, S.: «Post-Communist Europe», 215-241, en especial, 215-216.
- 7 Wright, D., 1914, 7.
- 8 *The Bible: A New Translation*, 1922; y *The Old Testament Newly Translated from the Latin Vulgate*, 1949. En Isaías 34,14 se menciona la «*strygia*», a menudo traducida como «lechuza chillona» en la Biblia del rey Jacobo; también se ha propuesto como referencia al vampiro: *vid.* las *striges* grecorromanas [N. de la T.: en Biblia Reina-Valera, 1602 se traduce como lamia, también asociada a la figura vampírica. En la revisión denominada Reina-Valera-Gómez, de 2010, pasa a ser lechuza].
- 9 *Vid.* Beresford, M., 2008.
- 10 Claudiano, 1963, ii. 143.
- 11 Citado por Man, J., 2006, 144 (se ha empleado para la traducción de la cita San Nicolás, fray P. de, 1723..
- 12 Jordanes, 1915, 123 (c. xlix).

- 13 *Vid.* Sayers, W., 1996, 242-263, en concreto, 242.
- 14 *Vid.* Summers, M., 1968, 78; Morris, W., (1910-1915) 1911, vii. 1-279; y *Grettir's Saga*, 2009; véase también «Sagann af Kyriellax Keysara», British Library Add. MS 4859 (*Icelandic Sagas*, Sir Joseph Banks Collection, 1693-1697).
- 15 *Vid.* *Eyrbyggja Saga*, 1989; y D'Arcy, J. y Wolf, K., 1987, 30-43; con respecto a Scott, *vid.* págs. 100, 105.
- 16 La afirmación de que existe el poema anglosajón *A Vampyre of the Fens* es una mala interpretación del artículo de 1855 acerca de *Beowulf* en *Household Words*: *vid.* Senf, C. A., 1999, 199-216, en especial 199.
- 17 Esta es una práctica gótica: en un cementerio visigodo francés del siglo VI en Estagel hay una tumba de un niño con un clavo de hierro que le atraviesa el pecho (*vid.* Thompson, E. A., 1969, 56).
- 18 En Geoffrey de Burton, 2002, xxix-xxx, cap. 47, 192-199; véase también Wilson, D., 1992, 92-93; y O'Brien, E., 1999, 7-8, 54-55, 173-174.
- 19 [Guillermo de Newburgh], Willelmi Parvi de Newburgh, 1856, vol. II, 182-190 (caps. xxii-xxiv).
- 20 Biale, D., 2007, 101; Ficino, M., 1568, 59; *vid.* Camporesi, P., 1995, 36-37.
- 21 Titmuss, R. M., 2002, 17n.
- 22 *Vid.* entrada «Vampires in World Folklore» en Joshi, S. T. (ed.), 2011.
- 23 Middleton, T., 1778, 24; véase también Summers, M., *op. cit.*, 165.
- 24 Webster, J., 2009, V. ii. 5-6 (180); véase también Hirsch, B. D., 2011, 301-340 (se ha empleado para la traducción de la cita: Fondebrider, J., 2004).
- 25 Shakespeare, W., 1988, I. ii., 55-56 (187) (se ha empleado en esta edición: Shakespeare, W., *Ricardo III; Enrique V*, José María Valverde (trad., intro. y notas), Barcelona, Planeta, 1988).
- 26 Webster, J., 1659, V. i. (59); *vid.* Jackson, M. P., 1985, 217-235.
- 27 En *Daemonologie* (King James VI, 1597), Bk III. Para más información, *vid.* Levack, B. P. (ed.), 2015, 160-161 (véase también Summers, M., *op. cit.*, 100).
- 28 Howell, T. B., Jardine, D., Cobbett, W., Howell, T. J., 1816, xiv. cols. 1325-1326.
- 29 *Ibid.*, col. 1328.
- 30 Acerca de la cruentación, *vid.* Gaskill, M., 2000, 203-240; e Ingram, M., 2017, 158-159; véase también Brittain, R. P., 1965, 82-88; Black, W., 2017, 71-92; y Caciola, N. M., 2016; véase también Barber, P., 2010, 122.
- 31 Para una visión más general, *vid.* Cooper, C., 2016.
- 32 Plinio, «Remedios hallados a partir de los animales», en 1963, viii. 5 (*vid.* XXVIII-XXIX, donde se enumeran cientos de aplicaciones de la sangre). *Vid.* Strack, H. L., 1909, 50, 52, 62-65; y, en especial, Sugg, R., 2011, 278-285. Acerca de Erzsébet Báthory, *vid.* McNally, R., 1983; véase también Strack, J. L., *op. cit.*, 89-91 (en torno a un relato publicado en Viena en 1796); y Baring-Gould, S., (1865) 2007, 132, 173.
- 33 Biale, D., *op. cit.*, 100-101.
- 34 Strack, J. L., *op. cit.*, 62.

- 35 *Ibid.*, 54-55.
- 36 *Ibid.*, 70-76.
- 37 *Ibid.*, 70-71. Strack ofrece más ejemplos de esta práctica en Alemania en los años 1755, 1823, 1844, 1859 y 1862.
- 38 *Vid.* Stuart, K., 1999, 158-159; Strack, J. L., *op. cit.*, 73-76; Matteoni, F., 2016, 198-209; Linebaugh, P., 1975, 65-118; y, para un estudio exhaustivo, Davies, O., Matteoni, F., 2017.
- 39 Stuart, K., *ibid.*, 149-185, en especial, 156; como indica Biale, D., *op. cit.*, 100: «Aquí la profesión “contaminada” del verdugo asumió una paradójica función curativa, como también sucedió con la sangre de los criminales».
- 40 Strack, J. L., *op. cit.*, 157-158, 105-117. Puede que el empleo de los corazones de niños no nacidos inspirara el terrorífico relato de M. R. James, «Lost Hearts».
- 41 *Vid.* Brockbank, W., 1964, 1-14.
- 42 Stuart, K., *op. cit.*, 160-161; véase también Sugg, R., *op. cit.*, 38-66.
- 43 Strack, J. L., *op. cit.*, 82-83.
- 44 *Ibid.*, 92-95.
- 45 *Ibid.*, 43.
- 46 *Vid.* Oschema, K., 2006, 275-301. El término de «hermanos de sangre» tiene un fuerte significado vinculante en el cristianismo debido a la sangre de Cristo: se menciona en el poema inglés del siglo XIV *Piers Plowman*.
- 47 Camporesi, P., *op. cit.*; véase también Cooper, C., *op. cit.* Resulta interesante que el significado literal de la palabra *hemofilia* sea «afición o amor por la sangre».
- 48 *Vid.*, desde una perspectiva comparativa, aunque distinta, Keyworth, G. D., 2006, 241-260. Para un estudio amplio y caleidoscópico del folclore y la fisiología, *vid.* Barber, P., *op. cit.*
- 49 Vukanović, T. P., 2006, 234.
- 50 Para una descripción exhaustiva de las tradiciones eslovenas relacionadas con la sangre (con algunas referencias eslovacas), *vid.* Ramšak, M., 2016, 423-446.
- 51 Afanásiev, A. N., 2006, 197.
- 52 Tomado de Lorentz, F., 1935. Para más información, véase también Perkowski, J. L., 2006, 1-54, 16-17 (también 207); *vid.*, asimismo, Moszyński, K., 2006, 214. Resulta llamativo que Perkowski investigara la demonología casubia entrevistando a miembros de la diáspora eslava casubia en Canadá y que descubriera: «Todo el folclore hallado en Canadá era importado de Europa» (6).
- 53 *Vid.* Moszyński, K., *op. cit.* Hay evidencias de que los sacerdotes empleaban un ritual de exorcismo procedente del *Book of Thunder*, pero no hay rastros de ese libro.
- 54 Afanásiev, A. N., *op. cit.*, 197.
- 55 *Ibid.*, 199.
- 56 *Ibid.*, 203.
- 57 Strack, J. L., *op. cit.*, 97.
- 58 Perkowski, J. L., *op. cit.*, 248-249; el término «gitanos» se emplea en la fuente original y así se consigna aquí y en capítulos posteriores. San

- Cosme y san Damián eran conocidos por sus milagros médicos, como el trasplante de la pierna de un etíope muerto a un paciente europeo; por tanto, era habitual que fueran patrones de colegios médicos y hospitales.
- 59 Wright, D., 1914, 107-108.
- 60 Abbott, G. F., 2011, 217-221.
- 61 *Vid.* Risteski, L. S., 2006, 202-212, en concreto, 207, citando a Vrazhinovski, T., Karadzhoski, V., Risteski, L. S., Shimoska, L., 1995, 98.
- 62 Strack, J. L., *op. cit.*, 96-97.
- 63 Perkowski, J. L., *op. cit.*, 241.
- 64 Summers, M., *op. cit.*, 1.
- 65 *Encyclopædia Britannica* online, en [http://encyclopedia.jrank.org/TUM_VAN/VAMPIRE.html] (última consulta: 10 de octubre de 2017), citado por Wright, D., 1924, 2.
- 66 *Vid.*, por ejemplo, Ward, E., 1700, parte IV, 1 (para febrero de 1699) (véase también mi capítulo, Groom, N., 2017, 20-39, en especial, 25-26).
- 67 *Vid.* Davenant, C., 1701 y las citas del *Dictionary* de Johnson, S.: «Swift on Modern Education».
- 68 En 1673, William Cave describió «la vida del hombre» como una «condición fluida y transitoria» (Cave, W., ii. 31: véase también OED).
- 69 *Vid.* Woodard, B., 2012, 17-18.
- 70 C. F. L'Homond advierte: «Un solo libro malo es suficiente para pervertir a mil jóvenes. Pasa a través de varias manos; el contagio circula e infecta a toda una familia» (L'Homond, C. F., 1794b; también publicado como L'Homond, C. F., 1794); véase también Grady, T., 1799, 24.
- 71 En el epígrafe «Ambient Plague», en Thacker, E., 2011, vol. 1, 104-107, en especial, 106.
- 72 Horrox, R. (trad. y ed.), 1994, 182.
- 73 *Ibid.*, 173-177, en concreto, 174; *vid.* Aarhus, obispo de [Lange, Jens Iversen], 1910.
- 74 Horrox, R., *op. cit.*, 183-184.
- 75 *Ibid.*, 184.
- 76 *Ibid.*, 182-184, en especial 183-184.
- 77 Gabriele de Mussi, en Horrox, R., *op. cit.*, 14-26, en concreto, 17 (citado por Thacker, E., *op. cit.*, vol. 1, 106).
- 78 Horrox, R., *op. cit.*, 184.
- 79 *Vid.* epígrafe «Ambient Plague», en Thacker, E., *op. cit.*, vol. 1, 106; véase también Martin, E., 1994; Otis, L., 1999; Cohen, E., 2009; Ranger, T. y Slack, P. (eds.), 1992.
- 80 Gabriele de Mussi, en Horrox, R., *op. cit.*, 17.
- 81 Harvey, G., 1665, 2.
- 82 *Ibid.*, 16.
- 83 *Ibid.*, 9, 7, 16.
- 84 *Ibid.*, 8.
- 85 Paracelso (Theophrastus Bombast von Hohenheim, 1493-1541) era un médico, alquimista y místico suizo que rechazó con fervor la

medicina clásica, reemplazando los remedios herbales y la teoría de los humores con productos de apoteca (en determinado momento declaró que las hebillas de sus zapatos tenían más conocimientos que Galeno y Avicena). Según la incisiva descripción de Paracelso de Elizabeth O'Mahoney, «basándose en la astrología, la alquimia, la metalurgia, la medicina popular, el hermetismo, el gnosticismo y el cristianismo, Paracelso propuso una visión química del universo única, aunque incoherente» (O'Mahoney, E., 2005, i. 110). Sin embargo, esta visión sentó las bases de la química posterior y la diferenció de la alquimia y las teorías tradicionales de Galeno. (Le debo este punto a uno de mis lectores anónimos.)

- 86 Maluf, N. S. R., 1954, 59-107 (60); la primera transfusión de sangre plausible se produjo en Coburg, Sajonia, en 1615 (59).
- 87 Titmuss, R. M., *op. cit.*, 17.
- 88 Pepys, S., 1978, i. 362 (entrada del 14 de noviembre de 1666); véase también Masson, A. H. B., s. d., 1.
- 89 Carta de Henry Oldenburg a Robert Boyle, 25 de noviembre de 1667, en Boyle, R., 1772, vi. 250 (Oldenburg indica que el pago fue de una guinea); *vid.* Weld, C. R., 1848, i. 220-222.
- 90 Pepys, S., *op. cit.*, iii. 113 (entrada del 21 de noviembre de 1667).
- 91 *Vid.* King, E., 1667, 557-559; véase también Maluf, N. S. R., *op. cit.*, 65; con respecto al comentario de Coga, *vid.* Birch, T., 1756-1757, ii. 214-216.
- 92 La carta de Coga aparece impresa en Moore, P., 2003, 136-137; véase también Young, M. de, 2015, 58.
- 93 Titmuss, R. M., *op. cit.*, 17.
- 94 *Ibid.*, 18.
- 95 Hamilton, D., 2012, 29-30.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES





Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2020,
122 años y 10 meses después
de que el conde Drácula
le abriese la puerta de
su castillo en Transilvania
a Jonathan Harker.

«Este estimulante estudio acerca de los vampiros concluye sugiriendo que deberíamos tratar de ser un poco más como ellos. Por fortuna, eso no implica merodear alrededor de los bancos de sangre. Más bien, Groom quiere que pensemos en los vampiros como una forma de reencantar la condición humana contemporánea».

The Guardian

Tres siglos después de que un brote vampírico aterrorizara Europa central y dos siglos después de que el «The Vampyre» de Polidori irrumpiera en la escena literaria, llega esta nueva historia acerca del vampiro, que rastrea sus orígenes hasta un momento y un lugar concretos: 1725, en las fronteras orientales del Imperio de los Habsburgo.

Una serie de terroríficos acontecimientos sobrenaturales captó la atención de doctores, científicos y teólogos de todo el continente, que cristalizó en el choque entre la naciente racionalidad de la Ilustración y el folclore tradicional de los Balcanes. La investigación que derivó de esos hechos fue un tema de fascinación popular, mucho antes incluso de que poetas y escritores fueran también presas de una «vampiromanía» que alcanzó su punto álgido en 1897 con el *Drácula* de Bram Stoker.

En esta nueva historia en torno al vampiro, Nick Groom, profesor de literatura inglesa en las universidades de Exeter y Macau y experto en literatura gótica, desentierra la compleja historia de una criatura de ficción devenida en icono, desde los tempranos intentos médicos por sustanciar la leyenda, a las supersticiones de la sangre y el cuerpo, las fuentes acerca de Drácula o su relevancia en la cultura popular contemporánea. Durante este fascinante trayecto, Groom demuestra que el vampiro ha servido siempre para desafiar los convencionalismos y es por ello por lo que en el presente se erige en un antihéroe esgrimido por los marginados y excluidos.
¿Criatura de ficción, hemos dicho?

ISBN: 978-84-120798-6-9



9 788412 079869

P.V.P.: 24,95 €